

tando infligir una herida, puede darse el caso de que muera el ofensor o herirle más de lo que se quería, y esto es causa de una nueva vindicta; de modo que los legisladores primitivos tenían buen cuidado de especificar que las represalias se limitarían a ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre.

Haremos observar, no obstante, que en los pueblos primitivos estos parecidos casos de vindicta son infinitamente más raros de lo que pudiera esperarse, aunque en algunos su número alcance proporciones anormales, particularmente entre los montañeses, rechazados hacia las alturas por invasores extranjeros, como los montañeses del Cáucaso y sobre todo los de Borneo, los dayaks. En los dayaks—se nos ha dicho recientemente—los odios llegan hasta tal extremo, que un joven no puede casarse ni ser declarado mayor de edad si no trae antes la cabeza de un enemigo. Esta horrible costumbre ha sido ampliamente descrita en una obra inglesa moderna. Parece, por otra parte, que esta afirmación es exageradísima. Además, la «caza de cabezas» de los dayaks toma otro aspecto cuando averiguamos que el pretendido cazador de cabezas no está impulsado por una pasión personal. Si busca matar un hombre lo hace para obedecer lo que considera como una obligación moral para con su tribu, exactamente como el juez europeo que, obedeciendo al mismo principio, evidentemente falso, que quiere asimismo «sangre por sangre», pone al asesino condenado en manos del verdugo. Los dos, el dayak y el juez europeo, sentirían remordimientos si les conmoviera alguna simpatía y ésta les llevara a evitar la pena al homicida. Por esto los dayaks, cuando se deja a un lado los homicidios que cometen para satisfacer su concepción de justicia, resultan el pueblo más simpático para todos los que les conocen. Y por esto mismo Carlos Bock, el autor que tan terrible descripción ha hecho de la caza de cabezas, escribió lo siguiente:

«Por lo que concierne a la moralidad, tengo que asignar a los dayaks un lugar elevado en la escala de la civilización... El bandidaje y el robo son del todo desconocidos entre ellos. Son también muy veraces... Si yo no obtenía siempre de ellos «toda» la verdad, por lo menos

lo que obtenía de ellos era siempre la verdad. Otro tanto quisiera poder decir de los malayos.» (Págs. 209 y 210.)

El testimonio de Bock está plenamente corroborado por el de Ida Pfeiffer. «Reconozco plenamente—escribe ésta—que me gustaría viajar más tiempo entre ellos. Generalmente los he hallado honrados, buenos y reservados... mucho más que en ninguna otra nación de las que conozco». Stoltze emplea casi las mismas palabras hablando de ellos. Generalmente los dayaks no tienen más que una mujer y la tratan bien. Son muy sociables, y cada mañana el clan entero sale a pescar, cazar o cultivar en numerosos grupos. Los poblados consisten en grandes chozas, cada una habitada por una docena de familias, y a veces por varios centenares de personas, viviendo pacíficamente juntos. Demuestran un gran respeto a sus mujeres y aman mucho a sus hijos. Cuando uno de estos cae enfermo, las mujeres se relevan para prodigarle sus cuidados. En general comen y beben muy moderadamente. Tal es el dayak en su verdadera vida diaria.

\*  
\* \*

Fatigoso sería aportar más ejemplos de la vida salvaje. A cualquier parte que vayamos hallamos las mismas costumbres sociales, el mismo espíritu de solidaridad. Y cuando nos esforzamos para penetrar en la noche de los tiempos lejanos, hallamos la misma vida del clan, las mismas asociaciones de hombres, por primitivos que sean, para el apoyo mutuo. Darwin tenía, por consiguiente, razón cuando veía en las cualidades sociales del hombre el principal factor de su evolución ulterior, y los vulgarizadores de Darwin están absolutamente equivocados cuando sostienen lo contrario.

«La poca fuerza y escasa rapidez del hombre—escribía Darwin,—su carencia de armas naturales, etc., son defectos que están contrabalanceados, primero por sus facultades intelectuales (las cuales, hace observar además, han sido principalmente y hasta exclusivamente adquiridas por el beneficio de la comunidad), y en segundo lugar

por sus cualidades sociales que condujeronle a dar su apoyo a sus semejantes y a recibirlo de ellos.»

En el siglo XVIII el salvaje y su vida «al estado de naturaleza» fueron idealizados. Pero hoy los abios han caído en el extremo opuesto, particularmente después que algunos de ellos, deseosos de demostrar el origen animal del hombre, pero poco familiarizados con los aspectos sociales de la vida animal, han recargado la pintura de los salvajes con todos los rasgos «bestiales» imaginables. Es sin embargo evidente que esta exageración es mucho más anticientífica que la idealización de Rosseau. El salvaje no es un ideal de virtud, pero tampoco es un ideal de «salvajismo». El hombre primitivo tiene sin embargo una cualidad, producida y mantenida por las necesidades mismas de su dura lucha por la vida; identifica su propia existencia con la de su tribu; sin esta cualidad la humanidad no habría alcanzado jamás el nivel a que ha llegado.

Los primitivos, como dejamos dicho, identifican de tal modo su vida con la de su tribu, que cada uno de sus actos, por insignificante que sea, es considerado como un asunto que a todos concierne. Su conducta está regulada por una infinidad de reglas de conveniencia no escritas, que son el fruto de la experiencia común sobre lo que es bien y sobre lo que es mal, es decir, ventajoso o perjudicial para su propia tribu. Los raciocinios son a veces absurdos en extremo, muchos nacidos de la superstición, y, en general, en todo lo que hace, el salvaje no ve más que las consecuencias inmediatas de sus actos: no puede prever las consecuencias indirectas y ulteriores. En esto no hace más que exagerar un defecto que Bentham reprocha a los legisladores civilizados. Pero, absurdas o no, el salvaje obedece a las prescripciones del derecho común, por desagradables que le sean. Las obedece hasta más ciegamente que el hombre civilizado obedece las prescripciones de la ley escrita. El derecho común es su religión; son sus mismas costumbres. La idea del clan está siempre presente en su espíritu, y el temor de sí mismo y el sacrificio de sí mismo en interés del clan se encuentran cotidianamente. Si el salvaje ha infringido una de las

reglas más pequeñas de la tribu, se ve perseguido por las burlas de las mujeres. Si la infracción es grave, está torturado día y noche por el temor de haber atraído una calamidad sobre su tribu. Si por accidente ha herido a alguno de su clan y ha cometido de este modo el mayor de todos los crímenes, se vuelve miserable: huye a los bosques, dispuesto a suicidarse, a no ser que la tribu lo absuelva infligiéndole un castigo físico y vertiendo su sangre. En el interior de la tribu todo es común; cada porción de alimento se divide entre todos los presentes, y si el salvaje está solo en los bosques, no comenzará a comer sin antes haber dirigido en alta voz por tres veces una invitación a compartir su comida a todos los que pudieren oírle.

En una palabra, en el interior de la tribu la regla de «cada uno para todos» es soberana, y lo ha sido mientras la familia separada no ha roto la unidad tribal. Pero esta regla no se extiende a los clanes vecinos, o a las tribus vecinas, ni siquiera en caso de federación para protegerse mutuamente. Cada tribu o clan es una unidad separada, absolutamente como en los mamíferos y en los pájaros. El territorio está repartido aproximadamente entre las diversas tribus, y excepto en caso de guerra, los límites se respetan. Al penetrar en territorio del vecino se ha de demostrar que no se va con malas intenciones. Cuanto más alto pregona su proximidad, más gana su confianza, y si entra en una casa, debe dejarse el hacha a la puerta. Pero ninguna tribu está obligada a compartir su alimento con las demás: pueden hacerlo o dejar de hacerlo. De este modo, la vida del salvaje está dividida en dos series de acciones y se muestra bajo dos aspectos diferentes: de una parte, las relaciones en el interior de la tribu; de otra, las relaciones con las gentes de exterior, y (como nuestro derecho internacional) el derecho «intertribal» difiere bajo muchos aspectos del derecho común. Así, cuando estalla una guerra, las más repugnantes crueldades pueden ser consideradas como otros tantos títulos a la admiración de la tribu. Esta doble concepción de la moralidad se encuentra a través de toda la evolución de la humanidad y se ha mantenido hasta

nuestros días. Los europeos hemos realizado algunos progresos, no muy grandes, para desembarazarnos de esta doble concepción de la moral; pero, es necesario decir asimismo que si en cierta medida hemos extendido nuestras ideas de solidaridad—por lo menos en teoría—a la nación, y en parte a las demás naciones. por otro lado hemos debilitado los lazos de solidaridad en el interior de nuestras propias naciones y hasta en el seno de la familia.

La aparición de una familia separada en el seno del clán quebranta necesariamente la unidad establecida. Una familia separada significa bienes separados y la acumulación de riquezas. Hemos visto de qué modo los esquimales subsanan estos inconvenientes; es un estudio muy interesante seguir a través de las edades las diferentes instituciones (comunidades rurales, gúildas, etc.), en virtud de las cuales las masas se han esforzado para mantener la unidad de la tribu, a despecho de los agentes que trabajan para destruirla. De otro lado, los primeros rudimentos de sabiduría que aparecieron en una época lejanísima, cuando se confundían con la hechicería, se convirtieron también en un poder en manos del individuo que podía emplearlo contra la tribu. Eran secretos cuidadosamente guardados y transmitidos únicamente a los iniciados, en las sociedades secretas de hechiceros, de magos y de sacerdotes que hallamos en todos los salvajes. Al mismo tiempo, las guerras y las invasiones crearon la autoridad militar, así como las castas de guerreros cuyas asociaciones o clubs adquirieron un gran poder. De todos modos, en ningún período de la vida del hombre las guerras han sido el estado *normal* de la existencia. Mientras los guerreros se exterminaban unos a otros y los sacerdotes celebraban estas matanzas, las masas continuaban viviendo su vida diaria y efectuaban su trabajo ordinario. Es una de las investigaciones más atractivas seguir paso a paso esta vida de las masas, estudiar los medios en virtud de los cuales conservaron su propia organización social, basada en sus concepciones de equidad, de ayuda recíproca y de apoyo mutuo—el derecho común, en una palabra—hasta bajo los regímenes más ferózmente teocráticos y autocráticos.

## CAPITULO IV

### EL APOYO MUTUO ENTRE LOS BARBAROS

La emigración de los pueblos.—Una nueva organización que se ha hecho necesaria.—La comunidad rural.—El trabajo comunal.—El procedimiento judicial.—La ley intertribal.—Ejemplos sacados de la vida de nuestros contemporáneos.—Buriatas.—Kabylas.—Montañeses caucásicos.—Razas del Africa.

Es imposible estudiar al hombre primitivo sin sentirse profundamente impresionado por la sociabilidad de que ha dado pruebas desde sus primeros pasos en la vida. La existencia de sociedades humanas está ya demostrada por los vestigios que encontramos en la edad de piedra paleolítica y neolítica, y cuando estudiamos a los salvajes contemporáneos cuyo género de vida es aún el mismo del hombre neolítico, los hallamos a todos estrechamente unidos por la organización en extremo antigua del clan, que les permite combinar sus fuerzas individuales, débiles aún, gozar de la vida en común y progresar. El hombre no es una excepción en la Naturaleza. También él se conforma al gran principio del apoyo mutuo, que da las mejores probabilidades de sobrevivir a los que mejor saben ayudarse en la lucha por la vida. A estas conclusiones hemos llegado en el capítulo precedente.

Sin embargo, desde que llegamos a un grado más elevado de la civilización y hurgamos en la historia, cuando ya puede decir algo sobre este período, nos confunden las luchas y los conflictos que ella nos revela. Los lazos antiguos parecen completamente rotos. Las razas se com-